

Introducción a las Conferencias

La historia de la literatura española ha sido siempre pródiga en individualidades enterizas. En individualidades-quiero decir-no sólo literarias, sino extraliterarias. En escritores de vida descomunal, para decirlo pronto. Los que conocen a fondo ~~la~~ la península ibérica, es decir, el carácter español, tratarán de explicarse por esta experiencia el fenómeno. Los que no la conocen, en cambio, podrán argüir que en todas las literaturas suelen darse casos parecidos. Aunque soy yo el que esboza el tema-o el problema-en este ^{tramo,} ~~caso,~~ no voy sin embargo a detenerme ahora en su elucidación, entre otras razones porque tal aventura no cae dentro de los propósitos de estas charlas. Unos y otros pueden estar más o menos cerca de lo cierto, ya que una posición no invalida la otra; pero de lo que no hay duda, al menos en mí, es de que vidas-vidas de tanta y tan singular vida-como la del Arcipreste de Hita, como la de Santa Teresa ^{como la de Cervantes}, como la de Lope, como la de Quevedo, como la de Torres Villarroel, como la de Espronceda, como la de Unamuno, como la de Valle-Inclán, por no citar más que unas cuantas, no abundan entre los creadores literarios de todos los climas-quiero advertirlo de nuevo: me estoy refiriendo a lo biográfico, no a lo bibliográfico, de quienes levantaron el monumento de la literatura española.

Pero la obra, claro está, la obra lleva también sus quilates. La obra lleva también la medida de lo excepcional. Y ello por una lógica elemental: todo auténtico creador lega sus entrañas a los hijos de su espíritu, hasta tal punto que a la sangre le brotan alas, como en un mito medieval. De ahí que en la literatura española percibamos por momentos--por momentos que a veces son eternidades-un tremendo viento de tempestad detenida, un presagio de terremoto, que cuando se hace realidad estremece los cimientos más hondos. No por lo que se refiere al sueño, a la órbita de lo irreal. Hay poco sueño, aunque otra cosa se piense; hay pocas nieblas-ni siquiera al aparecer el tardío romanticismo-en la literatura española. Pero sí por lo que se contrae al hombre, al hombre desnudo y sin asideros, a su dimensión más viva y directa. Claro: todas las litera-

turas giran, en lo sustancial, en torno a esta preocupación. Pero lo que distingue justamente a la española es el no haber desertado jamás de ella. El no haberse evadido del "peligro" por vericuetos más o menos "literarios". Y una prueba concluyente de ello es el escaso arraigo que en España han tenido los fenómenos literarios de fuera, ajenos a esa tendencia. El hombre, el hombre lidiando a mandobles con la vida, saturándose de ella hasta los tuétanos: he ahí el motivo central-tomado unas veces en su aspecto individual, tomado otras en el colectivo-de toda la creación literaria española. Se trata de una lealtad conmovedora, de una fidelidad a lo esencial humano nunca traicionada.

No es extraño por eso que el realismo estético español resulte en esta hora de apasionadas consideraciones sobre el alto significado de las artes realistas, un abuelo fecundo, todavía juvenil a pesar de sus muchos días y sus inencontables trabajos, dispuesto a brindar su experiencia, su hermosa e inmarcesible experiencia, como aquellos patriarcas de la antigüedad sus barbas encanecidas, pero caudales. Es verdad que del tronco de la literatura española han brotado en ocasiones ramas que ~~huxitkax~~ apuntaban al cielo y no a la tierra, a lo vagoroso y no a lo concreto. La mística y la ascética pudieran ser los ejemplos más elocuentes. Y más ilustres también. Es verdad que del propio realismo han surgido corrientes insinuadoras de nuevos y fantásticos mundos. Lo que queda, no obstante, como vértebra del gran organismo es la construcción realista, el realismo en todo su esplendor. Y aclararé que no aludo tanto al realismo por las formas de expresión, como por el mensaje contenido en ellas, por esa fidelidad entrañable a la palpitación humana que entre los españoles ha sido siempre una especie de norma insoslayable. Ya ha habido historiadores literarios que han tratado de llegar a la simbiosis, ofreciéndonos el ensamble de estas dos vertientes-la real y la suprarreal-con ánimo de despertar una estimación semejante de ambas. El propósito, a mi entender, es innecesario, porque, aparte la diversidad de los

gustos y de las inclinaciones, ningún español dejaría que al frondoso genio nacional le podarían la más sutil y metafísica de sus ramas. De todas está orgulloso, y todas juntas constituyen la gran heredad, el patrimonio común espiritual de aquel pueblo.

XXXXXXXXXX

Y a tales individualidades, tales acontecimientos. La vida de muchos escritores españoles parece presdestinada a la aventura. A la aventura y al dolor, que suele ser inseparable de ella. Lo desconcertante es cuando se observa el fenómeno en su conjunto: quiero decir, cuando se da una cuenta de la multitud de casos que caen bajo igual o parecido signo. Recurriré a una experiencia propia. Algún tiempo atrás, trabajando con unos compañeros en la redacción de una enciclopedia de literaturas de lengua española que por cierto aun no ha visto la luz, advertí de repente el gran número de escritores españoles de todas las épocas que han pasado por la prisión o el destierro. Ninguno de los casos, aisladamente, me era desconocido. Pero la considerable suma de ellos, sí. Me preocupó durante unos meses el hallazgo, y decidí al fin hacer una investigación general, en el transeurso de la cual concebí ~~ixixix~~ la idea de escribir un libro sobre este tema. Yo no sé si en ello anduvo además mi propia condición de desterrado, de escritor desterrado, que de manera tan espléndida hallaba así, digamos, una especie de solidaridad insigne, aunque pasiva. Consoladora, de todos modos. Yo no sé, repito, si fue el sentimiento, y no la curiosidad intelectual, lo que me puso en ese trance. Lo cierto es que me dediqué a reunir materiales, y que esta labor me hizo desembocar en un segundo problema: el de dar cabida en mis futuras páginas a la innumerable cadena de ingenios que, llevados de la desdicha, dieron con sus huesos en la cárcel o en tierras que no eran las propias. Como ello era punto menos que imposible—sólo en los comienzos del siglo XIX hay un centenar de casos de esta naturaleza—opté por la selección, procurando que quedaran los más representativos y a la vez los más

